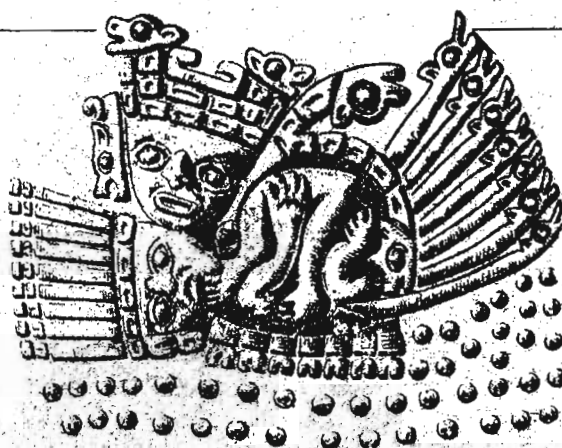
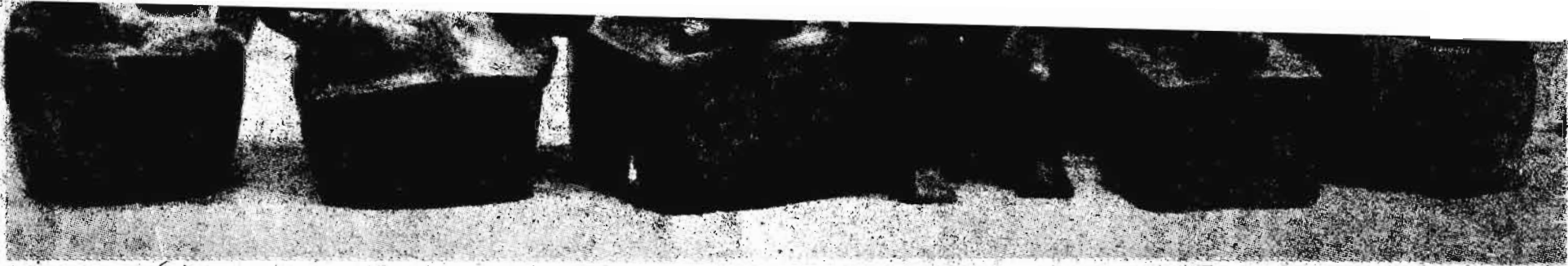


Bajo el título de Iconografía Mochica (Universidad Católica, Lima 1987), Anne Marie Hocquenghem ha publicado sus investigaciones de los últimos veinte años sobre el simbolismo de los ceramios de la cultura mochica. Tarea paciente y



difícil que la ha llevado a hilvanar con meticulosidad todas aquellas evidencias que le permitieron reconstruir el pensamiento andino, no solamente de los mochicas sino de toda la realidad andina en el espacio y el tiempo.





El acto sexual visto por la imaginaria mochica (colección Máximo Terrazas)

Iconografía Mochica:

¿Permanencia del pensamiento andino?

Escribe Roberto Miró Quesada

En una cultura sin escritura, la organización del pensamiento y de la identidad se estructuraron en el calendario agrícola del ande, como sostiene Hocquenghem. Pero esta ausencia de escritura también significa que la interpretación de lo iconográfico debe ser complementada con la transmisión oral de los mitos y los testimonios de cronistas, viajeros y etnólogos.

Método riesgoso, ciertamente, pero el único que permite utilizar la rica información contenida en toda iconografía. Y eso es lo que la investigadora ha venido haciendo: preci-

sando sus hipótesis en datos más concretos. Como ella misma lo reconoce, la tarea comporta problemas, pero si no se asumen, la información iconológica quedaría muda.

Si bien hay un gran porcentaje de especulación, esto en nada desvaloriza el trabajo; por el contrario, sólo apoyándonos en lo especulativo —a partir de hipótesis serias— podemos llegar a concreciones definitivas. Ese es, después de todo, el trabajo filosófico.

PERMANENCIA

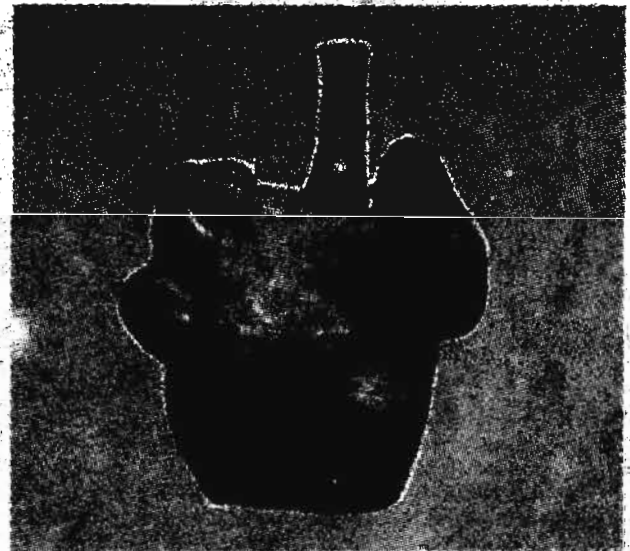
A donde apunta el análisis de Hocquenghem es

a mostrar que la estructura del pensamiento andino ha permanecido similar a través de miles de años. La cosmovisión que se logra detectar en la cerámica mochica se encuentra en la época incaica, como consta en los cronistas; y aún hoy en día es fácilmente detectable en muchos de los ritos que vertebran las expresiones de la cultura andina.

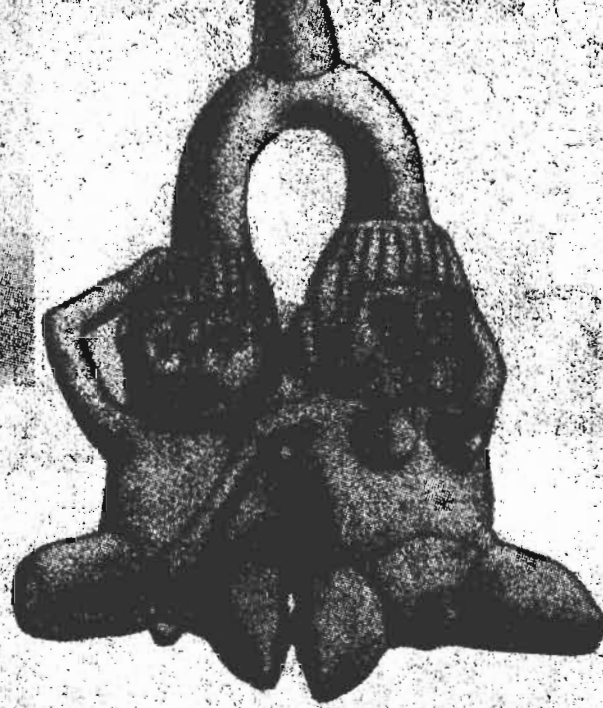
Si bien Hocquenghem da evidencia de esto, habría que preguntarse si el rito que se perpetúa sirve al mismo contenido mítico. Para la autora esa permanencia es particularmente evidente en

aquellas zonas "que no fueron totalmente perturbadas por las reformas agrarias, por las tentativas de 'integración' al mercado nacional e internacional" (p. 92).

Por el tono de la frase y el uso de las comillas, pareciera que Hocquenghem valora positivamente ese aislamiento. Ciertamente, la integración al capitalismo central no ha sido ninguna solución a los problemas de dominación que confronta la cultura andina; pero también habría que preguntarse si el aislamiento dio mejor resultado: pensar en el valle del Mantaro viene al caso.



“Un análisis donde lo especulativo predomina, a falta de documentos”



Desde esta óptica, también habría que preguntarse qué significa que una cultura haya permanecido básicamente igual durante semejante lapso. A pesar de que Hocquenghem sostiene que la función conservadora del calendario ritual es compensada por su función integradora (p. 92), una cultura así estructurada no puede sustraerse a un ritmo de desarrollo lento cuando se enfrenta a una cultura del dinamismo de la occidental, y que la domina.

HIPÓTESIS RIBSOSA

Todo esto lleva Hoc-

quenghem a sostener que la cultura mochica — y por ende la andina que le deriva hasta nuestros días — es más metonímica que metafórica. Como la propia autora admite — siguiendo a Jakobson — el pensamiento humano se organiza solamente a través de dos sistemas: por condensación (metáfora) y por desplazamiento (metonimia).

De los dos, la metonimia es la forma más elemental y la que primero se instaura; así, puede haber una relación analógica sin metáfora, pero es imposible que la haya sin metonimia. Lo metafórico, entonces, significa

un nivel más complejo y desarrollado del pensamiento.

En una estructura mental — y cultural — compleja se dan constantemente ambas instancias, interdependientemente, pudiendo priorizarse una o la otra según los casos. Decir, entonces, como lo hace Hocquenghem, que la cultura andina es más metonímica que metafórica son palabras mayores que ameritarían un análisis más profundo. A lo mejor es cierto, pero es altamente riesgoso deducirlo de un análisis icnográfico donde lo especulativo ocupa un lugar destacado.

Por otra parte, es difícil de creer — salvo pruebas en contrario — que una cultura de la complejidad de la andina, donde lo mítico y lo ritual tienen una importancia primordial, pueda ser más metonímica que metafórica. Si el mito y el rito son sobre todo simbolizaciones, entonces lo metafórico ocupa el centro, ¿por qué es un símbolo y no una metáfora?

Cuando Hocquenghem dice: “Nos parece que la representación del orden andino ha sido construida en base a una metáfora, la antropomorfización del sol y de la lu-

na, luego, de una metonimia, la presentación de esas entidades bajo la forma de ancestros, me parece que invierte la secuencia: imposible llegar a la metáfora saltándose la metonimia, porque sería llegar a formas complejas de pensamiento sin el previo paso por formas aleatorias simples. Por otra parte, al dotar al sol y a la luna de los atributos humanos, ¿no estamos desplazando contenidos? Y por el contrario, al convertir a esas entidades en repositarios de todo aquello que simboliza al ancestro — padre, guía, identidad, trazo, trascendencia, etc. — ¿no estaríamos ante un claro proceso de condensación?

PROBLEMAS

En un trabajo tan difícil como este, la posición del analista o intérprete se inscribe dentro del proceso creativo; imposible evitarlo. Al igual que los sueños, los mitos y los cuentos de hadas, los productos artísticos — o simbólicos, como en el caso mochica — aportan útil evidencia acerca de las primordiales y monótonas fantasías de lo psíquico, del proceso de condensación, desplazamiento y simbolización a través de los cuales estas

fantasías son develadas y enmascaradas al mismo tiempo.

Lo que es importante destacar en la mimesis con respecto a la realidad, no es solamente la reproducción de esa realidad, sino a través de la misma lo que está escondido y es reprimido en el proceso de la significación. Es decir, no solamente lo que se dice, sino aquello que no se dice, o se dice a medias o metafóricamente.

Desde esta perspectiva, sostener que el pensamiento andino tiene una estructura básica que se prolonga por 4 mil años, significa que el analista ha entrado también en ese juego metafórico que ve y no ve, parame-trado por una ideología específica.

No dudo que Anne Marie Hocquenghem es consciente de este riesgo, pero hubiera sido importante una profundización teórica a este respecto para evitar interpretaciones erróneas debido a un apresuramiento conceptual. Su trabajo es altamente meritorio y permite múltiples lecturas que ayudarán a entender mejor nuestro proceso histórico (lástima que la edición de la Universidad Católica adolezca de una serie de descuidos, empezando por un idioma por momentos arcaicamente construido).